

TIRABEQUE.

PERIÓDICO SEMANAL,
SATÍRICO-POLÍTICO-BURLESCO, Y ALGO MAS.

PRECIO EN MADRID.

Tres meses..... 4 rs.
Seis..... 7
Un año..... 14
A 3 rs. la mano en Provincias, y 2 en
Madrid.—Números sueltos, 2 cuartos.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Tres meses..... 5 rs.
Seis..... 9
Un año..... 18
Se suscribe en la Administración, calle del Sol-
dado; 4, bajo.

LA PRENSA REPUBLICANA DE MADRID, A LOS REPUBLICANOS FRANCESES.

De las ruinas del Imperio, que humillaba vuestra nación, ha brotado la República, que ha de engrandecerla y sublimarla. Recibid nuestros sinceros plácemes, vosotros que en muchas ocasiones habeis oído el eco de nuestras cordiales simpatías.

Vuestra causa es la nuestra, como es la de todos los pechos generosos en quienes late el sentimiento de la libertad, y en donde aliente inextinguible el amor a la democracia, que es el reinado de la Justicia y la encarnación del Derecho. Cuantos mayores son los peligros que os rodean, funesta herencia del Poder caído, tanto mas grande será la gloria en conjurarlos, oyendo a un mismo tiempo los consejos de la prudencia y los sagrados impulsos de la energía y del valor.

La independencia de la patria amenaza renovará en vosotros el recuerdo inmortal de las épicas hazañas de vuestros antepasados, cuyo heroísmo escribió la Historia en páginas que no han de perecer.

Cae y se hunde para no levantarse nunca el poderío de los reyes: los pueblos son inmortales, porque su poder es invencible cuando la dignidad les inspira, el derecho les ampara, la justicia les eleva y el astro refulgente de la libertad les guía.

Inaugurais una nueva era en los anales de la República, nunca humillada. Ahora como en la fecha memorable de 1792, vuestro será el triunfo, no lo dudeis, porque la victoria corona siempre el grandioso esfuerzo de un pueblo que pelea por los fueros sacrosantos de la libertad y de la patria.

Salud y fraternidad. Madrid 7 de setiembre de 1870.

La Discusion, El Pueblo, Gil Blas, La Igualdad, La República Ibérica, El Sufragio Universal, La República Federal, El Resumen, EL TIRABEQUE.

CUENTOS DE COLOR DE ROSA.

—¡Viva la República! ¡Venga un abrazo, mi amor, dos, tres, ciento...

—Aparta, pálida sombra.

—Su mercé está en el limbo: ¿yo sombra, cuando peso ocho arrobas justas? ¡Ay! estoy mas alegre que unas castañuelas; mas que si le hubiera picado un mosquito horriqueró a Figuerola, ó se hubiera vuelto vizco Rivero, y si hubiese quedado tartamudo Sagasta.

—¿Qué sucede, amigo Tirabeque?

—Que el mismísimo Napoleon se ha caído de bruces con el Imperio acuestas y se ha roto las narices. Su Santidad Pío IX ha mandado echar un candado al cielo y atrancar las puertas del Vaticano, porque a Garibaldi se le ha puesto entre ceja y ceja el quitarle, si no por buenas, por malas, las llaves de San Pedro; y el rey de Portugal tiene miedo de dormir a oscuras, y...

—Hombre, hombre... ¿adónde vas a parar con tu charla sempiterna?

—¿Sabe su mercé que el ministro de la Desgracia y la Injusticia está tan delicillito, que le han mandado los facultativos guardar cama por algunos días?

—Esas son las consecuencias de la excomunion.

—¡Qué! Lo que le pasa a ese caballero

sbitero perdía el seso, y el hilo de tan intrincado, mismísimo Arquimides le ay conforme con aquello dro, porque sé le figura no debían existir los he- l, y por consiguiente, no llos donativos, cuyo des- an fácilmente.

ncias sobre Carlos V é de escuela de su lugar, aduado en Alcalá), sobre sia el Trono por derecho sálida había sido firma- rey Fernando VII por abel, como todavía niña nte, á las peligrosas al- t, no ofrecía un porvenir a, al contrario de Cá- era un hombre, y algo consejo y experiencia; stas cuestiones, que se n claro y las noches de comentando á su ma- s, de tal modo, que abia perdido el juicio s le faltaban las tres omun.

(Se continuará.)

FICO.

R 2

QUE.

co, y algo mas. mings, por ahora: ue salga á luz dos

lle del Soldado, 4, s librerías de Du- no; Bailli-Bailliere, roy-Topete); Leoa- iaspar y Roig, calle a del Sol. lrid: 4 rs. trimes- stre, pagados anti- acion, ó remitidos ueco de medio real.

DADO, 4, BAJO.

ministro, es que debía purgarse muy á menudo, pues todavía no he visto á un progresista que no padezca del estómago.

—¿Estuviste en la Manifestacion del jueves?

—Si, mi amo; aun me regocijo al pensar cuanto tocayo mio iba en ella de *manifesto*.

—Hombre, ¿y qué significa aquello de REPÚBLICA COLMILLO Y DERECHO, que tanto dá en que pensar á los monárquicos.

—Si le he de decir á su mercé, mi amo, eso de *Colmillo* no me suena muy bien.

—¿Qué te pareció Castelar?

—Como siempre; pico de oro; pero... *peor es meneallo*, como dijo el otro, mi amo.

—Tienes razon, me acuerdo todavía de aquello de: «Yo estaré con vosotros el día del peligro, zaragozanos!» Y en cuanto tiraron á dar...

—Dejemos ese asunto, mi amo, y vamos á otra cosa: si hubiera visto su mercé que ojazos echaba el compadre Rivero á las banderas y á los que la llevaban. Se conoce que D. Nicolás acababa de tomarse alguna cosilla por aquello de que tripas llevan corazon; así es, que estaba tan hermosote, que casi casi estuve por hacerle una seña y pagarle medio chico... en la tienda de la esquina.

—Y Prim, ¿qué hacia?

—Esé se me figura que estaba viendo la Manifestacion entre bastidores, ó examinando una ametralladora ó dos, que ha tenido el capricho de comprarse con nuestro dinero para mas tarde convertirnos esa plata en plomo, y metérsela en el cuerpo al lucero del alba que le diga buenos ojos ojos tienes...

—Tirabeque, esas armas serán para los carlistas.

—Si ya no quedan mas que media docena

de curas que se van á enviar como regalo al emperador de Guinea, metidos en una jaula de hierro, y con collar de cascabeles y campanillas al pescuezo, para que piensen en la *Resurreccion* y en *Pascua Florida*...

—Dime, ¿y qué hace Caballero de Rodas?

—Está como el coloso de su apellido, con un pie en la Habana y otro en la Península; pero la cabeza, ó mucho me engaño, ó la tiene á pájaros hace mucho tiempo. Ya se ve, una cosa es andar á tiros con los *mambises*, y otra es bombardear á Málaga y Jerez.

—Hombre, ¿y qué te parece la República francesa.

—Me parece... que si Dios les ayuda, un poco á los republicanos, de esta hecha ya tiene que buscarse el rey Guillermo la vida en otro *oficio* mas seguro.

—¿Y Olózaga, qué hace en Paris?

—Calle su mercé, por Dios; ¡si no gana para sustos el pobre viejo! Figúrese su mercé, mi amo, que el otro día, despues de volcarle el coche, le llevaron en volandas hasta la embajada, y allí, sudando la gota gorda, y sin poder casi echar el aliento, con los pantalones rotos, y un siete, que parecia un veinte y cuatro, en la levita, se vió obligado á echar un discurso; cuando estoy por apostar, mi amo, que mas estaria para echarse media docena de sanguijuelas que para palabritas melosas.

—Pero, ¿qué es eso, vas á marcharte otra vez á paseo.

—No tal, es que como ya se han abierto los *Bufos*, quiero ver qué *cosa* son las *suripantas*, de quien tanto he oido hablar antes de venir á Madrid.

—Tirabeque, cuidadito con andar en malos pasos.

—No lo crea su mercé; bien se conoce que *los treinta mil* cargos de *pie*dra del

partido mod
amo, que n
siempre per
está el capr

ya
las s
pues
rept
y jo
para
los c

LUIS N

Todo tier
es la supre
neraciones
otras; las i
bian; las r
pueblos se

Hé aquí
mente nos

Nunca n
cuerdo de
del persona
admiró al
ha asombra

Luis Nap
de abril de
la reina E
que aband
guna de G

La desgr
sus primer
recurso qu
narse la vi
da é indep

Las cien
litar, sobr
cstensos co
ginacion
flexivo; y a
habia lleg

partido moderado... en fin, hasta luego, mi amo, que no todo ha de ser política, pues siempre perdiz, empacha, y en la variación está el capricho; y

Voy á ver si me inspiran
las suripantas;
pues supongo sean todas
republicanas;
y ¡olé coí-ole!
para tierra de tontos
los españoles.

LUIS NAPOLEON BONAPARTE.

Todo tiene su límite en este mundo: esta es la suprema ley de la naturaleza. Las generaciones se suceden rápidamente unas á otras; las ideas se perfeccionan ó se cambian; las razas desaparecen, y los grandes pueblos se olvidan.

Hé aquí el eterno ejemplo que constantemente nos ha ofrecido la Historia.

Nunca mas oportuno que ahora el recuerdo de ciertos datos biográficos acerca del personaje tristemente célebre, que antes admiró al mundo con su grandeza y hoy le ha asombrado con su despreciable caída.

Luis Napoleon Bonaparte nació en el mes de abril de 1808. Hijo de Luis Napoleon y la reina Hortensia, á los siete años tuvo que abandonar su patria, sin esperanza alguna de Corona.

La desgracia y la proscripción mecieron sus primeros infantiles años, y no tuvo otro recurso que dedicarse al estudio, para ganarse la vida y crearse una carrera ilustrada é independiente.

Las ciencias exactas, y la estrategia militar, sobre todo, fueron sus favoritos y mas extensos conocimientos. Dotado de una imaginación privilegiada y de un espíritu reflexivo y analizador, cuando todavía apenas había llegado á la pubertad, publicó una

sencilla obrita ó *Manual de Artillería*, escrito con vastos y poco comunes conocimientos, y en el cual, con elegante estilo, al par que lógico y espresivo lenguaje, demostró una vez mas, que era digno vástago de aquella familia, que desde un rincón oscuro é ignorado de la Corcega había aspirado á conquistar el Mundo y á sentarse en todos los Tronos europeos.

Mal avenido con la triste emigración á que le obligaba su desgracia, concebía y ambicionaba multitud de planes temerarios para reconquistar su posición perdida.

Sujeto á vivir como un simple particular, sufrió amargas decepciones, y mas de una vez tuvo que apelar á los recursos de su inteligencia para satisfacer su mas perentoria necesidad.

El 6 de Octubre de 1840 se puso al frente de una sublevación, que oportunamente descubierta, le valió el ser condenado por los Páres de Francia á encierro perpetuo en una prisión de Estado.

En 1846 se escapó de la fortaleza de Ham, disfrazado de albañil, y se refugió en Inglaterra, donde publicó diferentes obras científicas, que en sus ocios de prisionero había escrito.

Desde su asilo en Londres estuvo sosteniendo una secreta correspondencia con multitud de sus partidarios; que le pusieron anticipadamente en conocimiento de los manejos ocultos, que mas tarde habían de producir la restauración de sus derechos, y cuando estalló en Paris la Revolución de 1848, tomó tan activa parte en aquel movimiento político, que el pueblo francés, que veía en él la encarnación de la libertad futura, y que como todos los pueblos se dejan siempre arrastrar por las primeras impresiones que en su ánimo producen las apariencias no tuvo inconveniente alguno en

elegirle para su caudillo; y por último, el 26 de Setiembre del mismo año ocupó en la Asamblea nacional el puesto que la Francia le había reservado.

Napoleon III tuvo desde luego el suficiente talento para captarse desde un principio las simpatías populares, por medio de un espíritu liberal finjido, y la Francia, que veía en él al hombre experimentado por largos años de proscripción y de destierro, le acogió con benevolencia, desterrando antiguas preocupaciones.

Con tan poderosos elementos en su favor, poco esfuerzo le costó al poco tiempo derribar á Cabaigñac, á quien ha conservado, hasta después de la muerte, un odio irreconciliable y profundo. Posesionado de la presidencia de la República, siguió rigiendo los destinos de la Francia, hasta que por medio de un hábil golpe de Estado, el 2 de Diciembre de 1850, proclamó el Imperio con las bayonetas de sus soldados, y sancionándole con el aparato del sufragio universal mas tarde, inauguró desde esta fecha aquella soberbia y orgullosa diplomacia que aspiraba á centralizar todos los poderes constituidos del continente europeo bajo una misma formula.

Casóse al poco tiempo con la condesa de Teba, no sin haber antes mendigado emparentar con cualquiera de las dinastías reinantes, que desde luego rechazaron sus atrevidas pretensiones.

Tuvo que luchar, desde el principio de su advenimiento á regir los destinos de la Francia, con dos elementos disidentes, y en oposicion abierta con las teorías de su doctrina centralizadora, no obstante su habilidad y su acierto político, supo conciliar de tal modo estos dos poderosos extremos, que á la antigua y tradicional nobleza, bien pronto substituyó con la aristocracia

de los agiotages y operaciones mercantiles, á los elementos republicanos, que en lucha constante le amenazaban con su odio eterno, les abrió las puertas de la emigracion y los presidios, acariciando al pueblo con el desarrollo visible de la industria y del comercio, para ocultar las huellas de una inmediata bancarota, con el crédito universal de una nacion floreciente y de porvenir brillante y lisonjero.

Las conquistas de Argel, la guerra de Oriente, las victoriosas campañas de Italia y la aventurera expedicion á Méjico, apaciguaron por largo tiempo los sentimientos del pueblo, desvaneciéndoles con el laurel de nuevas glorias y con el periódico engrandecimiento de la Francia.

Algun que otro disturbio rápidamente sofocado, demostró á Napoleon que, bajo las frias cenizas de un volcan, en la apariencia sofocado, se encerraba un fuego latente y en combustion, próximo á estallar al menor contacto, y á la mas leve ocasion.

Para contrarestar estos inminentes peligros, cada vez mas amenazadores, se rodeó de la majestad efímera de un plebiscito, obra de la coaccion y la influencia.

Mas como la fortuna es inconstante, la feliz estrella, que no le habia abandonado en todas sus empresas políticas y militares, llegó un día en que empezó á nublarse, oscureciéndose al poco tiempo del todo.

Ansioso de figurar en primera linea al lado de las demás potencias de Europa, hacia largo tiempo que premeditaba imponerse por la fuerza de las armas á su eterna rival la Prusia, y esta ocasion se le presentó favorable con motivo del candidato alemán para el Trono de España.

Declarada la guerra entre ambas potencias, sin mas causa que un pretexto fingido,

conque se
cion temera
rrible y sang

Sarrebru
Wœrt y Se
decimiento
no eran m
mento: ilus
un crimina
la pérdida

Napoleon
como emp
como franc
á su lado b
á sus mejor
patria á su
espada de
del vencedor

El Imper
hecatombe:
último esfu
pública de
cenizas de
su Independ

¡Dios pro
mer cañon
sus desgra

LA C

Muj

—F

—iC

Isal

—V

yo

y es

tien

—i

¡Y

jug

—Is

raciones mercantiles,
icanos, que en lucha
an con su odio eter-
s de la emigración y
do al pueblo con el
industria y del co-
las huellas de una
on el crédito uni-
lorecente y de por-
ro.

rgel, la guerra de
campañías de Italia
ion á Méjico, apa-
po los sentimientos
doles con el laurel
a el periódico en-
ancia.

urbio rápidamente
apoleon que, bajo
olcan, en la apa-
erraba un fuego
l, próximo á es-
y á la mas leve

s inminentes pe-
nazadores, se ro-
ra de un plebis-
la influencia.

inconstante, la
abía abandonado
icas y militares,
á nublarse, os-
o del todo.

primera línea al
de Europa, ha-
itaba imponerse
su eterna rival
le presentó fa-
ndidato aleman

ambas poten-
retesto fingido,

conque se pretendia embozar una ambi-
cion temeraria, bien pronto sufrió un ter-
rible y sangriento desengaño.

Sarrebruck, Wissemburgo, Nancy, Wœrt y Sedan, le probaron que el engran-
decimiento moral y material de la Francia
no eran mas que una ilusion sin funda-
mento: ilusion que costó á la Francia, por
un criminal capricho de su tiránico César,
la pérdida de 200.000 de sus mejores hijos.

Napoleon III, impotente para luchar
como emperador, y cobarde para morir
como francés, despues de haber visto caer
á su lado barridos por la metralla enemiga
á sus mejores generales, abandonando á la
patria á sus propios recursos, entregó su
espada de Magenta y Solferina en manos
del vencedor de Sadowa.

El Imperio se desplomó en una inmensa
hecatombe: la sangre francesa ahogó el
último esfuerzo de su vil asesino, y la Re-
pública de 1793 volvió á surgir entre las
cenizas de aquel gran pueblo para salvar
su Independencia.

.....
¡Dios proteja á la Francia, cuando el pri-
mer cañon prusiano apunte al pecho de
sus desgraciados cuanto valientes hijos!

LA CASA DE TÓCAME-ROQUE.

Muy buenos días Eugenia.

—Felices: ¿cómo te vá?

—¡Cómo quieres que me vaya,
Isabelita, muy mal...!

—Vienes muy descolorida;
yo no hago mas que engordar,
y eso que Paquito ahora
tiene un carácter fatal.

—¿Y Alfonsoito?

—Está en la escuela.

¿Y tu chico?

—Ahí fuera está

jugando al toro.

—Y tú, ¿qué haces?

—Isabel, vengo á buscar

un cuarto desalquilado.

—Chica, me temo que vas
á quedarte sin ninguno,
si no andas lista.

—¡No habrá
uno para mí! ¡pues, y este?

—Le ocupa el rey de Milan.

Este es para el Padre Santo,

que le ha mandado esterar,

por si acaso no le salva

su INFALIBLE *potestad*.

El de la derecha y este,

para Italia y Portugal.

Estos, para el Austria y Prusia,

y el de enmedio, es para el Czar:

Solo queda un sotabanco,

la boardilla y el pajar.

El sotabanco le tienen

guardado para el Sultan;

la boardilla es de Victoria:

¿cónque ¡cuál te gusta mas?

—Voy á traerme á mi esposo.

No los vayan á alquilar,

mientras vuelvo.

—No te apures.

—Me quedo con el pajar.

ORACION MONÁRQUICA.

Candidato nuestro, que estás en el pensamien-
to, coronado sea el tu nombre, vénganos el tur-
ron y hágase nuestra voluntad, así en diciembre
como en enero.

El turrón nuestro de cada día, dánosle hoy,
perdónanos nuestras trampas, así como nosotros
perdonamos á nuestros acreedores, y no nos dejes
caer del ministerio, mas libranos de la federal.
Amen.

Prim te salve, Monarquía; muerta eres en
GRACIA; Montpensier esté contigo, bendita tú eres
entre todos los poderes, y maldito sea el bruto
que te diga: tús, tús.

Santa Monarquía, madre de nos, ruega por nos-
otros pescadores, porque no se pierda, ahora ni
en una hora nuestra suerte al *mús*.

*Gloria panzi, Primi et Serranus, escalera en un
principio del pesebre, de Figuerola se escamaron.*
AMEN.

—Si no me pagas, Martin,

te voy á la calle á echar.

—¡Es que estoy sin trabajar!

—¡Uí! *descamisado* al fin..

—Mas vale tomarlo á risa,

dijo Martin enfadado;

si yo no tengo camisa,

es... ¡porque me la han robado!

LOS HOMBRES PÚBLICOS.

¿Qué es un hombre público? Hé aquí lo que muchas veces me he preguntado á mi mismo, sin darme cuento de ello.

Un hombre público, no vayan sus mercedes á figurarse que es alguna cosa que vale la pena; no, señor, muy al contrario; allá en los tiempos de antaño, costaba mucho un poco de eso que llaman *popularidad*; pero ogaño, cualquier ciudadano que no tenga oficio ni beneficio, como dijo el otro, puede conquistarse en dos minutos esa fama, que en tanta estima se tiene, como si en plata, valiera alguna canongía.

A muchos conozco yo, sin ir mas lejos, que con un poquito de atrevimiento, y otro poco de falta de sentido comun, se conquistaban una celebridad que no hay por donde cojerlos, pues, como dice el refran: quien tiene vergüenza, ni come, ni almuerza, y de los atrevidos es el reino de los cielos.

Regularmente son incapaces de sentir lo que aparentan. Se introducen en los clubs, en los casinos, y en los cafés. Hablan de todo, sin entender de nada. Con cuatro frases de relumbron, se engalanan de lógicos y razonables. Son tribunos improvisados, y patriotas del dia siguiente.

Afectando un hipócrita patriotismo, son los primeros en escitar las masas, y los últimos que las siguen cuando la *cosa* marcha mal.

Sin embargo, parece mentira, pero no lo es; ellos son siempre los que sacan fruto de sus aparentes sacrificios, mientras que el oscuro y honrado artista, que en el rincon de la familia sabe practicar los deberes del hombre honrado y del ciudadano virtuoso, sucumbe al pie de una barricada.

Esta es la verdadera fotografia de los hombres públicos. Cualquiera puede hacerse con uno hoy dia, si tiene cuatro reales.

—Esto es lo único que valen todos los hombres públicos, en buena moneda.

—¿Dígame su merced, quién es ese presbitero que iba tan satisfecho en la manifestacion del jueves?

—Un cura republicano.

—Mi amo, yo creo que los curas no debían ser mas que ministros de un Ser Supremo, y no meterse en política, que siempre supone rivalidad ó encono contra doctrinas opuestas.

—Es que ya ha dado pruebas...

—Francamente, mi amo, lo mismo me parece un cura carlista, que un cura republicano. El sacerdocio es una mision sagrada é independiente de toda idea; pero ya caigo... se conoce que ese presbitero guerrá mañana una mitra, que no ha sabido encontrar con el Gobierno actual, y pretende con la república.

Los curas y los reyes
son alimañas,
que nunca me han gustado
ni aun en estampa.

LA ESCALA DE JACOB.

Mis apreciables lectores:
En dos frases muy ligeras
Voy á escribiros de veras.
La historia de mis amores.
Mi primer novia fue Anita,
Y la dejé por Teodora;
Pues la mancha de una mora
Con otra verde se quita.
Amé á una muchacha humilde,
Que parecía una malva;
Pero supe que era calva,
Y la dejé por Matilde.
Hermosura angelical,
Tan pura como un crisol;
Mas ¡ay de mí! que aquel sol
Tenia un ojo de cristal.
Despues, por mi negra estrella,
En mi amorosa batalla,
Me enamoriqué de Olalla,
Que me dijo era doncella.
Mas yo, que tengo este vicio
De echarlo todo á malicia,
Supe despues, con justicia,
Que era doncella... de oficio.
Y en mi pasion amorosa,
Tuve tal fortuna escasa,
Que hallé de menos en Blasa.
Lo que le sobraba á Rosa.
Me enamoré de Ruperta,
Porque la vi de costado;

Con m...
luntarios
protestan
sobre ello
dadano f...
cana ha
alcance p...
de los he
gionarios

TIRABEQUE
no que el
que ya h...
hábito de
barricada
profundo
triotismo
quienes l...
no debían
ticia no se
á la patri
En sus

e valen todos los hom-
a moneda.

é, quien es ese pres-
sfecho en la manifes-

ano.

que los curas no de-
istros de un Ser Su-
n política, que siem-
encono contra doc-

pruebas.
mo, lo mismo me pa-
ue un cura republi-
una misión sagrada
a idea; pero ya cai-
e presbitero guerrá
e no ha sabido en-
o actual, y pretende

os reyes
an gustado
pa.

E JACOB.

tores:
geras
erás
cores.
vuita,

la mora
ta.
humilde,
ra;
va,

sol;
uel sol
f.

estrella.

la.

la.

vicio

eta,

icia,

oficio:

la.

Blasa

sa.

Mas al volverse á otro lado
Me encontré... con que era tuerta.
Luego encontré á una modista
En la calle de la Justa;
Pues, señor, dije, me gusta.
Parece una chica lista.
Nada, á seguirla me ajusto
Y con seguirla me basta,
Que aunque no es muy buena casta,
Ya no me coje de susto.
Y me miró, y la seguí;
La fui á hablar, se turbó;
La di una cita; acudió;
Y al cabo dijo... que sí.
Total: que me améñoné,
Fácil se comprenderá;
Y ¡ay! alguno pasará
La *Pasa* que yo pasé.
Tuve suegro, suegra y yerno:
En mi infeliz matrimonio
Solo me faltó... un demonio.
Para estar en el infierno.
Una noche, por mi mal,
La encontré con un civil,
Junto á la luz de un candil,
Al entrar en mi portal;
Y armose un soberbio cisma;
La eché en cara su cinismo;
Pero el civil, allí mismo,
Casi me rompió la erisma.
Maldije á mi suerte negra,
Y palabra tras palabra,
Por muy poco me escalabra
Con el almirez mi suegra.
Y me llamó vil, traidor,
Insolente, calavera,
Vicioso, ingrato, tronera,
Miserable, seductor.
Y aquí paz, y despues gloria;
Que en fin, en concierto vario,
Dado exista diccionario
Que baste á escribir mi historia.

Con motivo de la exposicion que los Vo-
luntarios de Cuba han dirigido á las Cortes,
protestando de las palabras ofensivas que
sobre ellos pronunció en la Cámara el ciu-
dadano Díaz Quintero, la minoría republi-
cana ha acordado hacer cuanto esté á su
alcance para probar dignamente la verdad
de los hechos denunciados por sus correli-
gionarios.

TIRABEQUE, que es tanto ó mas republica-
no que el primer Diputado de la minoría, y
que ya ha tenido ocasion, bajo el modesto
hábito de lego, de vestir el uniforme de las
barricadas, no puede menos de ver con dolor
profundo que el *oro filibustero* sofoca el pa-
triotismo en mas de cuatro pechos para
quienes la imparcialidad y el patriotismo
no debian permitir ciertos actos que en *jus-
ticia* no son mas que delitos de *lesa tracion*
á la patria.

En sus cortos alcances, desde el próximo

número, con mayor número de datos pro-
bará lo que hay de verdadero en esta eno-
josa y trascendental cuestion.

—Digame su mercé, ¿para qué quiere el
Gobierno tantas tropas como va repartiendo
en las principales capitales?

—¿Para qué ha mandado á toda prisa
construir en la fabrica de Trúbia cierto nú-
mero de *ametalladoras*?

—¿Qué intentan sus mercedes, señore
ministros?

—¿Para qué reconcentran sus señorías
toda la Guardia civil en donde menos hace
falta, dejando los caminos á merced de cual-
quier *industrial* que, trabuco en mano, no
despoje hasta de los calcetines?

—¿Y el Regente, ha venido de la Granja?

—¿Y las Cortes, no se reunen?

—¿Y el *Diluvio*, cuándo descarga sobre
todo bicho viviente?

El palacio de Wilhelmshöhe, próximo á
Cassel, sitio de residencia fijado por el rey
Guillermo á Napoleon III, es una magnífi-
ca quinta de verano, que tiene una casca-
da artificial de mucho mérito.

Si hubiera sido un infeliz soldado cogido
en el campo de batalla frente al enemigo,
se le hubiera encerrado en un castillo, ó
se le hubieran pegado cuatro tiros.

Pero al *traidor y cobarde*, que *asesina* por
su capricho, á medio millon de sus herma-
nos, á ese se le tributan todo género de
consideraciones.

En un mes han perdido los franceses, se-
gun cálculo aproximado, 200.000 soldados,
entre muertos, heridos y prisioneros, lo me-
jorcito de sus generales, casi todo su ma-
terial de guerra, muchos millonajos, y va-
rios departamentos y, para final de fiesta,
su preponderancia en Europa.

«Aprended pueblos de mi
lo que va de ayer á hoy;
si ayer el primero fui,
hoy sombra mia no soy.»

El *Rigoletto*, que no perdona medio de
exhibir sus opiniones carlistas, asoma la
punta de la oreja, y dice:

«Un periódico republicano viene recordando á
los carlistas la intontona de San Carlos de la
Rápita.

»Y este periódico defiende á renglon seguido á
los filibusteros y proclama la insurreccion de
Cuba.

»Solo le diremos al tal colega, que los carlistas
hicieron la funcion de San Carlos gratis.»

En efecto, caro colega, gran gloria le cabe á su *partido* por haber sido la causa del fusilamiento del general Ortega, en momentos precisamente que la patria estaba comprometida en una guerra contra Marruecos, y que por consiguiente estaba prevenida para ocuparse de los disturbios políticos.

Esto es muy valiente, y sobre todo, muy noble.

El rey *Tartana* debía coronarse de hojas de lechuga por tan insigne hazaña.

En cuanto á lo de gr tis... mucho había que hablar, hermano.

El Sr. Madoz, que no tiene pelo de tonto, en la reunión celebrada el viernes por la Comisión permanente de Córtes, ha dicho lleno de un entusiasmo progresista digno de mejor causa, que sus simpatías por el artículo 33 no se debilitarían aunque se viera enfrente de *cuarenta cañones*.

Mucho decir es eso, señor Director de *La Peninsular*. Quién sabe si andando el tiempo, su merc , y otros muchos que como su merc  ayudaron   remediar la Constitución, se volverán tan republicanos como TIRABEQUE!

Esp a a es el país de las anomalías y de los apóstatas, y apuesto la modesta pluma conque estas líneas os escribo, contra la pluma de *ganso* que os ayudó   firmar la Constitución,   que no tarda su merc  mucho en ceñirse el gorro fr gio hasta las orejas.

Y   todo el mundo está cansado de conocer   ciertos *personages*; amiguito, no sirve hacerse ilusiones.

La insurrección carlista ha muerto. El *niño Terso*, sus inconsolables sacristanes, presbíteros, monaguillos y amas de cura, suplican   todos sus amigos se sirvan acompañar al cadáver, que saldr  de la sacramental de *La Esperanza*, el lunes 11 del presente, para darle sepultura en el panteón de su familia, sito en la calle del *Desengaño*.

El duelo se despide con media copita de lo flojo en la taberna del *Obispo*.

R. I. P.

REVISTA DE TEATROS.

Largo tiempo hace que nuestra patria, que tan gloriosos recuerdos conserva en sus anales, dormita bajo el pesado marasmo que la política y el parlamentarismo hace gra-

vitarse sobre la mayoría de sus privilegiados ingenios.

La patria de Tirso y de Moreto, la que con la inmortal inspiración de Lope de Vega y Calderón de la Barca prest  las galas de su fecunda y rica habla castellana   ese impeccedero monumento que los siglos han conservado con respeto y admiración, como el elocuente reflejo de nuestras pasadas grandezas; hoy falta de aliciente y oscurecida bajo una turba de traductores indigestos y vates de ciento en boca, parece agonizar al pie de la est tua de Cervantes y Cienfuegos.

La temporada teatral de 1870 ha empezado ya. Abandonemos estas tristes y enojosas reflexiones, y todavía halagados por por una risueña esperanza aunque *lego*, en la materia, digamos cuatro palabassobre los teatros que han abierto sus puertas al público.

Los *Bufo*s inauguraron en la pasada semana sus tareas estrenando una zarzuela en dos actos, titulada *La Favorita*, y la monomanía, en un acto. *Los Estanqueros adreos*. Ambas obras, escritas sin pretensiones, particularmente la segunda, llenan su objeto, que es el de hacer reír. El Sr. Arderius, que es sin disputa uno de los empresarios que con mas acierto y gusto se desvelan por agradar al público, sabemos que tiene multitud de obras preparadas, y que anticipadamente prometen hacer este invierno su teatro uno de los mas concurridos notables.

El lujo en las decoraciones y el vestuario, unido   la bella exposición de *suripantas*, le recompensar n con esceso su actividad y buen deseo.

El *Teatro Español* pronto abrirá sus puertas con *El Encapuchado*, del inspirado Zorrilla.

Variedades también ha empezado sus funciones; mas como el estudio es el perfeccionamiento del Arte, aconsejamos   sus aventajados y apreciables actores que no se deslumbren con los primeros aplausos, pues de lo sublime   lo ridículo el camino no es muy distante.

Y por último, *Alarcon* también ha empezado sus tareas con el aplaudido y reputado Cuerpo coreográfico, dirigido por el señor Estrella, en cuyo lindo teatro, notablemente mejorado, se está preparando entre varias obras nuevas el aproposito cómico en un acto, *Doña Francia y Doña Prusia*.

Solución al gerogl fico anterior.

A grande mal, grande remedio.

IMPRENTA, CALLE DEL SOLDADO, 4, BAJO.

Tres d
Seis..
Un a 
A 3
Madri

Supl
provinc
guro de
dar cue
nistrac
acogida
cion, ni
segunda
igualme
quidaci
importe
quieren
los pag
nido re.

OROS,

—Tir
timo Co
—Qu
esos c 
caballer
Caballe
— Qu
—Qu
pitan g
le pruel
mas, cr
menos 1
— Y
—No
que tier
el ofici
nos ens